



EL OTRO SUEÑO

*Inés Posada**

Le gustaba madrugar, saber que en la mañana la ilusión de un comienzo agranda el mundo, abre otros ojos, otros oídos en el cuerpo...nada es nuevo, pero la sensación de un inicio es tan feliz, que uno se embriaga, sencillamente, y el solo roce de las cobijas sobre la piel es un misterio, un misterio claro, por supuesto, pero nos arranca de todo lo que en los hábitos se ha endurecido como una piel, sobre cada segundo de la vida. Respiramos y está ahí, la certeza de vivir. Simplemente eso, aunque uno también se haya endurecido.

Todos los días, antes de levantarse, se dejaba llevar por una invitación que, en su cuerpo, se iba deslizando en gestos leves: Abrir las manos lentamente, tocando quién sabe, tal vez el aire cálido, o un rayo de sol colado por la ventana abierta y amplia... sus piernas se iban desenrollando, como si fueran la alas húmedas de un pájaro, ensayaba modulaciones suaves en su voz, temiendo despertar en las palabras, en sus palabras sobresaltos inútiles...

* Comunicadora Social- periodista de la Universidad de Antioquia. Especialista en literatura producción de textos e hipertextos de la Universidad Pontificia Bolivariana. Premio Nacional de Poesía Gustavo Ibarra Merlano 2004. Poeta y profesora de Literatura en la Facultad de Filosofía de la U.P.B. Dirección del autor: ines.posada@upb.edu.co
Texto recibido el día 18 de Octubre de 2006 y aprobado por el Comité Editorial, el día 6 de Noviembre de 2006.

Era un ritual... un ritual que apenas compartía con la mujer que toda la noche a su lado había amado, casi sin tocarla...

Esa mañana, temeroso de que algún roce de su cuerpo interrumpiera el sueño que le gustaba tanto contemplar en el cuerpo dormido de Elena, se levantó despacio... sin un rumor, sin una caricia, sólo mirando, cada que se alejaba el bloque entero de ese cuerpo que en el amor, esa noche, había sido tan suyo, tanto, que hasta en la piel sentía ahora su sudor, (*y un extraño olor a sangre*) su cálido aliento, dormido en él... dolía el amor, dolía entre las manos... era a veces un silencio –tan alto- entre los dos, una cumbre que no habría podido alcanzar, aunque tantas veces quisiera, pero era así; Elena, apenas conquistada, abría nuevas cimas en su rostro, hendiduras del alma que ninguno de los dos podía contener. Tal vez, eso era el amor... ya debería haberlo aprendido... Tantos años, tantos amores y... (*y un inevitable sentimiento de rabia*)

-Abrió los ojos. Se sabía contemplada, pero se dejaba llevar por las imágenes que sentía surgir en esa mirada. Tantas veces lo había sorprendido ya. (Alguna vez sospechó que el juego terminaría por aburrirlo y un día al despertar se encontraría sola. La espalda amplia a contraluz, y Pablo detenido en un pensamiento que no la contenía, un pensamiento que viajaba sin ella) Deseaba también ese pequeño espacio para su soledad. El, a fuerza, ya lo sabía bien, de amarla, se le imponía como una pared, como cuando una tapia se desploma sobre las hojas verdes y empiezan a podrirse, a secarse... (*y ya no existe camino de regreso...*)

Pero ella lo amaba. Lo amaba tanto, conocía su vida como la palma de su mano. Conocía lo que en él era inevitable. Cómo acariciaba, cómo se confesaba sin palabras cuando al herirla, (*también se hería él,*) inevitable...

Pero hoy lo sentía lejano...no sabía cómo decirlo, pero algo que no podía precisar formaba una figura entre los dos. Su mirada le llegaba de lejos, casi no oía sus palabras. Era como si aun no hubiese despertado de ese

sueño terrible, pero a la vez tan dulce. Un sueño de piedras y acantilados, con puñales al borde de alguien... pero sin dolor, sin sobresalto... (Sí, había dicho "dulce"... y ahora, cuando escuchaba sus palabras (¿sus pensamientos?), sentía la extrañeza de esa palabra que llegaba de no se sabe dónde, porque allí en verdad nada había sido dulce. Había miedo, algo que se rasga entre las manos... un brillo extraño en la mirada de las cosas... en fin...) Sí, ahora lo sentía lejano; ahora, en este mismo instante, él decía algo, pero no le llegaban los sonidos, sólo veía y sentía el movimiento de sus labios, ciertos ademanes que le indicaban una urgencia... cada vez desde más lejos y, de golpe, una puerta que se cierra, unos pasos –no reconocía en ellos ninguna variación-. Era extraño, pero no podía entender si se alejaban o bruscamente llegaban al borde de su cama.

Se frotó los ojos, lastimó sus oídos, se cerró en si misma un momento; todo oscuro, nada cercano... y

Le extrañaba esa quietud. Elena ahí, como una roca abandonada que se ha caído en una grieta y nadie ve por muchos años. Ni su respiración, ni ese suave movimiento que él ya sabía de memoria. Tan quieta de repente... pensó si esa imagen, si esa impresión le eran del todo familiares. Tantas veces la había espiado en una proximidad sin cuerpos que se tocan, sólo miradas, lejanías que entretienen visiones, sensaciones, pensamientos.

Una inquietud. Un sobresalto como el de esas bruscas caídas en el sueño, le hizo girar y aproximarse un poco más. ¿Respiraba?... ¿cómo saberlo?... No le gustaba aproximarse a ella en la mañana. Quería que su imagen lo acompañara en los oficios del día. Una imagen plácida, de alguien feliz que duerme. Una soledad definitiva, o mejor dicho, la evidencia de que, a pesar de todo y de todos, estamos siempre solos, somos solos. Y entonces, la irrupción en la noche, la transgresión, esa puerta que se abre de un solo lado siempre, pero efímera y siempre extraña. No supo por qué, pero ese pensamiento lo tranquilizó. Lo devolvió a la rutina y lentamente sin hacer

ningún ruido, sin un gesto salió del cuarto hacia el trabajo que lo esperaba hacía ya diez minutos.

-Cómo se pasa el tiempo, pensó. Ya debería estar en el autobús. Hoy ni el café ha sido mi rutina, ni el café...

Venía a veces como viene la música, o como una ola suave, una ola en las primeras horas del alba. Era una imagen que se repetía. Estaba hecha de brillos, de bruscos movimientos. Había metal, puntas afiladas, sombras que a veces parecían rojas, y otras chorreaban como luces dispersas en una ventana cuando proyectan sombras las hojas de los árboles.

La imagen no era la más precisa, porque allí había miedo, dolor, y en las hojas todo era dulce... rituales cotidianos del despertar, del abrir las ventanas que por fortuna daban al jardín. Algo había pasado esa noche. Elena lo sabía, pero no lo sabía. Era como decirlo y entender que era otra cosa... ya no estaba Pablo. Ya no estaba la realidad que en él y con él se presentaba puntual todas las mañanas. Había dicho -¿pensado?- en la palabra realidad y algo como una honda circular en el agua cuando se arroja una piedra la había alcanzado. Pablo, Pablo... esa noche. - nada extraño esa noche, estoy inventándome una historia, - se dijo. Pero no terminó la frase porque sintió apenas el golpe de una puerta que se cierra. Quiso gritar, llamarlo, pues sabía que era Pablo, allí, tendido en el suelo. (*y un extraño olor a sangre*) Ahora que se frotaba de nuevo los ojos sabía que estaba despierta.

En el autobús notó que nadie lo miraba. El conductor no había recibido su boleto y lo dejó con la mano extendida. Ningún asiento vacío, y era extraño, pues los puestos -parecían casi siempre contados-, las personas eran casi siempre las mismas. -ah, pero claro, pensó. Salí diez minutos más tarde. Este es otro autobús... y, sin embargo, el rostro del chofer le era tan familiar, el de los pasajeros, la inclinación de las sombras que proyectaban las ventanas, el sonido de la puerta metálica frente al almacén de zapatos....

Se llevó las manos a los ojos para frotarlos y confirmar las imágenes que le llegaban, ahora lo pensó, –como de lejos–.

No respiraba. ¿No respiraba? ... ahora que se frotaba los ojos sabía que estaba muerto... nada sentía en el fondo de sus ojos.... Imágenes como apartadas, como sin tiempo, se abrían y cerraban con las puertas del bus... se buscaba las manos, el primer botón de su camisa, quería tocar su pelo...

...y allí estaba inmóvil en el suelo... Elena mirándolo a la cara....intentando despertar.... Elena intentando despertar...

e